



N.º 47

23 de Julio 19

Para Todos

Es propiedad

\$ 1.20

HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA



PARA TODOS

REVISTA QUINCENAL

Santiago de Chile, 23 de julio de 1929

AÑO II

NUM. 47

Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag», perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.



Desde HOLLYWOOD

Especial para «PARA TODOS»

Camila Horn, la Diminuta Estrella Alemana

Para lo que sirve tener un lindo par de piernas, y además una bonita cara y algún talento interpretativo.

Por CARLOS F. BORCOSQUE.

A las dos de la tarde de un caluroso domingo californiano, nos reuníamos Miss Mabel Livingstone y yo en la puerta del Hollywood Athletic Club, el sitio más parecido a una constelación, — después del cielo, — por el número de las estrellas «masculinas» que se reúnen allí durante el día y la noche. Era el momento en que terminado el almuerzo y los ejercicios de la mañana, los socios van abandonado el Club hacia las playas privadas, donde cada uno posee un bungalow, o un amigo que lo tiene, y convida a sus íntimos a pasar la tarde.

Los magníficos Rolls-Royce gris plateado, los Packard y los Locomobilo, desfilan lentamente desde el «parking-place», vecino al Club. Por allí iba Gilbert Roland, en mangas de camisa, con el pelo crespo suelto al viento, siempre alegre y vivaracho: más allá Jorge O'Brien con Charles Farrel y Charles Morton, buenos e inseparables amigos: por acá Richard Barthelmess, ocupando su asiento en el



volante, junto a su esposa y su hijita que estaban esperándole.

Nosotros también iniciamos nuestra marcha hacia la playa. La tarde anterior, Miss Livingstone, que como buena americana es una hábil «business - woman», siendo «la representante personal» de numerosos artistas de cine, me había llamado por teléfono para invitarme:

—Mañana, si Ud. está libre, iremos a «Palisades del Rey», la nueva playa de moda, a tomar el té a casa de Camila Horn. Ella lo invita por mi intermedio.

Durante una larga hora, el auto rodó, siguiendo la interminable caravana de tres y cuatro filas, por los caminos tersos y acetados de este Hollywood, cuyos límites parecen alejarse indefinidamente; fuimos cruzando por el boulevard de Santa Mónica, donde se alzan las construcciones de los estudios de Artistas Unidos: por sobre los edificios de administración destacan en primer término, los lujosos bun-

La última fotografía de Camila Horn, con un autógrafo afectuoso para nuestra revista.



He aquí una pose de Camila Horn, en descanso en la terraza de su casa, mostrando la perfección de sus facciones.

galows de Mary Pickford y de Norma Talmadge, y más allá los enormes decorados exteriores: la «Aldea del milagro» de «El Gaucho»; la plaza austriaca de «La mujer disputada» y el enorme castillo de Saint Germain de «La Máscara de hierro».

Más allá entramos a Beverly Hills, el aristocrático barrio de las estrellas de cine, con sus avenidas curvas o circulares, que ascienden las lomas y la montaña cuajadas de casitas de colores claros en los más exóticos estilos, desde el morisco perfecto y el medioeval, hasta el español castizo o colonial que domina por sobre los demás. Luego viramos junto a los estudios exteriores de Fox Hills, dirigiéndonos hacia Culver City, la población que está ya formando parte de Hollywood al ampliarse el radio de ambas ciudades. Desde las lomas que el automóvil recorre, el enorme estudio que en aquel momento queda en la hondonada del valle, semeja una extraña y monstruosa ciudad, en que cada calle tiene un estilo y es de un país diverso: hay allí castillos, fortalezas, cárceles, rascacielos y residencias campesinas: se destaca por sobre todo ese maremágnum de construcciones la plaza monstruosa, sus calles, sus líneas de tranvías y sus altos edificios, que fué construida para «Amanecer» de F. W. Murnau. Más a la distancia, en las lomas vecinas álzase una calle neoyorkina de barrio humilde, con sus casitas de ladrillos rojos, sus rincones y sus callejuelas. Es como un trozo de New York trasplantado a Hollywood por obra de magia: es «la calle de Harold Lloyd» donde el célebre bufo ha filmado la mayoría de sus famosas películas.

Ya entramos a Culver City: rodamos ahora por el boulevard Washington; los pequeños estudios de Hal Roach, lujosos como un palacete moderno, cubiertos de hiedra, van quedando atrás, rodeados de monstruosos afiches de colores en que aparecen las estrellas que dan fama a la empresa: Charlie Chase, Max Davidson, la pandilla de Our Gang y los cómicos inimitables: Oliver Hardy y Stan Laurel. Un poco más lejos, cruzamos ante el estudio de Pathé, el viejo estudio que fundara Thos H. Ince: está tranquilo y solitario: apenas si sobre el blanco brillante de los edificios, se destaca el negro y legendario portero que está allí desde el día en que hace veinte años se filmó en aquel sitio la primera escena cinematográfica.

Ya vamos saliendo del barrio urbano: los estudios de Metro-Goldwyn-Mayer quedan a nuestra derecha, enormes, monstruosos como una ciudadela, con su letrero luminoso de letras gigantescas. El camino dá vuelta alrededor de la parte destinada a los decorados exteriores: allí están los castillos medioevales de «En el palacio del Rey»; el enorme teatro de «Ríe, payaso, ríe»; la callejuela y la catedral limeña que construyésemos para «El puente de San Luis Rey». Luego comienzan ya los amplios terrenos cultivados: a la distancia se destaca el letrero lleno de colores del «Plantation Café», donde cada noche el gordo Tripitas se sube a las mesas para hacer

reír a sus parroquianos y poderles cobrar seis dólares por una comida que vale uno. Y luego las lomas verdes, los grandes avisos de ventas de terrenos, las letras monstruosas, de veinte metros de altura, recostadas sobre la ladera de la montaña, mostrando donde se ubicará la «Loyola University». Y en seguida el ruido del mar que aparece un momento después entre dos colinas. Estamos por llegar.

Ascendemos un camino escarpado. «Palisades del Rey», es una población aristocrática de pequeños bungalows-palacios, empotrados en lo alto de un acantilado cortado a pico sobre el mar: parece que las casitas fuesen a desplomarse sobre la playa angosta y sobre el agua que muge a los pies, ochenta metros más abajo. Corre un viento endemoniado, y debemos avanzar con la cabeza inclinada cuando al dejar el coche cruzamos por un sendero de piedras desiguales, sobre un pasto como alfombra, hasta la pequeña puertecita del torreón de entrada de la casa de Camila Horn.

Una muchacha rubia, delgada, de indudable cara germana, salió a abrirnos alegremente: era la pequeña y flexible Camila Horn, de ovalado rostro virginal, contrastando con una extraña expresión picaresca. Camila Horn es, sobre la pantalla, mucho más bonita que al natural: su pelo excesivamente albo, casi blanco, como sus cejas y sus pestañas, desfiguran en cierto modo su rostro. Además, su expresión normal es vivaz, — como que Camila

Horn no ha olvidado todavía los años en que era ballarina de cabarets en Viena y en Berlín, — y nosotros estamos acos-



Una buena radio es el consuelo de los que hacen vida solitaria: he aquí el mejor amigo de Camila Horn en su residencia.

tumbrados a admirar actuando una actriz pequeñita y angelical, de una dulzura extraordinaria.

Con una camaradería de viejos amigos, la famosa estrella alemana me lleva hasta el saloncito de recibo, donde no faltan los retratos de gente de cine, los sofáes cuajados de almohadones, las mesitas ratonas con útiles de fumar y la infaltable radio colocada frente al gran ventanal de cristales que se abre hacia el Océano.

Hablamos de sus primeras películas, de sus comienzos en Alemania. Ella se siente admirada porque conozco su historia, y sé sus comienzos y sus interpretaciones de novicia en Berlín, y la conversación resulta más amistosa cuando sabe de que en Chile hemos visto más de una buena cinta de ella, en tanto en los Estados Unidos es aún casi desconocida, pues puede decirse virtualmente que la película alemana no se exhibe en este país, salvo rarísimas excepciones.

—¿A qué se debió su entrada al cine? — le pregunto, pues, en realidad, es este un detalle generalmente curioso en la vida de cada astro, masculino o femenino.

—¡Pues, simplemente a mis piernas!

Y como yo me manifestara admirado, echóse para atrás en el sofá, levantando las piernas en alto, como lo haría una colegiala, dándose una vuelta de carnero, con una ingenuidad que parecía legítima o que probaba de que Camila Horn es una magnífica comedianta de tipos angelicales, mientras me decía socarronamente en su extraña mezcla de inglés «germano»:

—¿No lo sabía usted? ¿No había Ud. admirado mis piernas? Después de la Mistinguett...

Y yo dije que sí, que eran perfectas, mientras Miss Livingstone se sonreía discretamente, y Camila Horn volvía a su posición normal, corriendo al comedorcito a buscarme un vaso de cognac, pues aseguró de que yo estaba muy pálido y parecía con fatiga...

El cognac era muy bueno, lo mismo que el vino dulce y el whisky, que afectuosamente me sirvió la estrella alemana muy tarde, asegurándome que «su bootleger» era «un hombre honrado» que importaba los licores directamente de Francia y no los falsificaba con alcohol de madera. Yo le di fe con el mayor entusiasmo, pues en realidad todo estaba muy bueno y no había temor de que se nos sorprendiese; las ventanas exteriores tenían visillos, salvo aquella grande que daba al mar, sobre los acantilados, sitio por donde la policía americana «seca» no suele andar, a no ser que usen alas, como los ángeles.

Seguimos haciendo recuerdos, y la pequeña Camila Horn me contó su historia, que no es una historia triste sino una

pequeña historia de una muchacha alegre, dicho sea esto sin ofender a la estrellita berlinesa.

Nació Camila en la mismísima patria de las salchichas alemanas, o sea en Franckfort-on-Main, en el año de 1908. Yo no lo puse en duda, y ella tuvo, según lo anoté, la excelente precaución de llenarme primero la futurista copita de cristal que tenía en la mano antes de hablarme de su nacimiento, de modo que yo, por galantería, hube de callarme, aunque se me figuró de que en lugar de veintiuno debe Camila Horn tener 25 a 26, lo que al fin y al cabo no es mucho más. ¡Pero yo no quiero engañar a mis lectores!

Pasó su juventud entre la región alemana de Franckfort, — ¡siempre las salchichas, — y Suiza. Su padre era un em-

pleado superior de una empresa ferroviaria, pero según parece, aunque Camila no me dió las razones, se descarrió en la carrera, y dejando los horarios, los boletos y los equipajes se fué por un desvío y se dedicó a violinista en una orquesta de teatro.

Todo esto ocurría en Suiza, — hemos dejado las salchichas y estamos ahora en la patria del buen y sabroso queso suizo, —pero más adelante los padres volvieron a Franckfort y dejaron a la hija en Suiza. Entre tanto, — lo que no tiene nada de extraño, — Camila fué creciendo y fué pensando también en que era necesario ganarse la vida.

Según me lo aseguró ella, recorrió todas las profesiones, encontrando sólo una interesante: bailarina de teatro o de cabarets. Se acordó de las bailarinas a las cuales ella veía las piernas desde el sitio de la orquesta, sentada junto a su padre en las matinées de un teatro de Franckfort, y se decidió por esa profesión. No le costó mucho triunfar: era bonita, era joven, bailaba como cualquiera hija de vecina, y tenía en sus venas alegre sangre alemana,

de esa clase especial de donde se forman los coros de muchachas para los espectáculos de Viena y de Berlín.

Entre tanto, el cine invadía a Berlín: por cada teatro había una docena de cinematógrafos, y en los alrededores de la ciudad se habían levantado enormes estudios, siendo los de la UFA los mejores de todos. Alguien aconsejó a Camila Horn de que se presentase allí, contándole cuánto dinero ganaban las muchachas extras. Y allá fué ella a ofrecerse, con toda la audacia de que es capaz esta muchacha que, sobre la pantalla, no quebraría un huevo.

No había trabajo: el asistente de la oficina de repartos la despachó sin mayores miramientos; había allí también un asistente director, y éste, como argumento decisivo, le dijo despreciativamente:

—No nos importan las caras bonitas; necesitamos boni-



A la hora del baño, en las solitarias playas de “Palisades del Rey”, Camila Horn se da el placer de bajar así vestida desde su casa situada en lo alto de los acantilados, hasta el mar.

tas piernas, y estoy convencido de que no hay en Alemania muchachas que las tengan.

Cuando Camila Horn llegó a esta parte de su historia, volvió a repetirme la escena del comienzo. Se rió, llamó al asistente, le hizo que se fijase, se sentó en un banco y puso las piernas en alto, pues estaba ella fuera de una ventanilla, haciendo de manera que sus piernas quedaran frente al hueco de la pared.

—¿De quién son esas piernas? — preguntó desde adentro el asistente, que debió estar aquella vez también pálido y con fatiga.

—¡Mías! — contestó roncamente Camila, pues estaba boca abajo y en una postura no muy elegante.

Y quedó contratada. Actuó apenas una semana en un conjunto de un vaudeville que iba a filmarse en una película, cuando le dijeron que el director F. W. Murnau quería verla, pues se interesaba por ella para un rol más importante.

Hay que oír a Camila Horn contar la entrevista.

—Estaba yo tan convencida de que mi único valor residía en mis extremidades inferiores, que apenas entré al gabinete de Murnau me eché sobre un sofá y puse las piernas en alto. El director soltó la carcajada y me hizo pararme para ver mis facciones fijamente.

—Esta vez me interesa la cara, — me dijo, — y no las piernas. Ando buscando una Margarita para «Fausto», y mi heroína usará falda larga...

—Yo no comprendí: ahora cambiaba de idea y «mi tesoro» no tenía valor. En cuanto a facciones, a lo mejor Murnau me encontraba decididamente fea. Pero no fué así. Me vió, me ensayó y me aceptó: en una semana yo había saltado de humilde bailarina a extra, y de extra a protagonista, a leading-lady junto al más grande de los actores modernos: Emil Jannings.

La historia de Camila Horn es corta de allí en adelante: algunas películas con Warwick Ward — el inolvidable atleta de «Varieté», — otras junto a Maria Jacobini, Rudolph Ritter y Fritz Odema. Y luego, la gran suerte: una entrevista, por coincidencia, con Joseph Schenck, presidente de Artistas Unidos y esposo de Norma Talmadge, en un gran hotel de Berlín, justamente cuando aquel andaba por Alemania en busca de una «leading-lady» para «Tempestad», la próxima cinta de John Barrymore.

Unos meses después Camila Horn, con un buen contrato en el bolsillo, cruzaba el Océano, se detenía dos días en New York y llegaba a Hollywood sabiendo apenas decir «Good morning» en inglés. A la semana siguiente por medio de intérpretes, haciendo esfuerzos inauditos, actuaba amorosamente junto a John Barrymore, uno de los actores de peor genio de esta ciudad cinesca, y a quien no le hacía mucha gracia la dificultad que su compañera tenía en entender las explicaciones del director y por cuya causa se perdían interminables horas entre cada escena.

—Lo que son las cosas, me decía Camila Horn — en «Tempestad» aparecemos tan amorosos y dulces, mirándonos en los ojos... ¡y lo que rabiábamos mutuamente filmando! Pero ahora somos buenos amigos, a pesar de que no le entiendo mucho más que antes a John cuando me habla.

Terminada esa cinta, el gran actor hubo de reconocer de que su alemanita era una excelente «leading-lady» y la aceptó para su producción siguiente, «El Rey de la Montaña», aún no estrenada y cuyo título ha sido cambiado por el de «Amor eterno». Y después Barrymore dejó a Artistas Unidos para volver a los estudios de Warner, quedando Camila a la espera de otro galán que la tomase entre sus brazos ante el lente.

Vinieron las películas habladas.

—¡Las odio! — me dice Camila con una furia infantil. Debido a ellas no puedo hacer nada más aquí, y me voy: no sé bien el inglés, lo hablo con acento extranjero y no creo posible perder esa pronunciación en poco tiempo. Debo pues renunciar a mi contrato y partir, pero con la condición de volver en algunos meses más, un año posiblemente.

—¿Se separa Ud. de Artistas Unidos?

—No, precisamente... Yo comprendo de que con mi inglés chapurreado no puedo hacer nada y he aceptado un contrato para ir a Berlín a filmar como «leading-lady» en «Atilla», la película histórica más grande que ha de producirse en Alemania. Mientras tanto trabajaré con un profesor, día a día, para dominar el inglés, y volveré aquí en un año más, para poder actuar en cintas parlantes, ya sea simplemente como americana o haciendo roles de extranjera, como Olga Baclanova o Greta Garbo. ¡Yo quiero volver!

Se hacía tarde. Camila Horn tenía esa noche un compromiso en el Hotel Ambassador, y debía venir hacia Hollywood. Nos propuso que la esperásemos. En media ho-

ra estuvo lista, — mientras nosotros hacíamos honor a unos sandwiches y unos pasteles, — y envuelta en un gran abrigo de pieles nos preparamos a salir. Pero antes, cariñosamente, me llevó a visitar su casita, su terraza, su maravilloso dormitorio con una cama rosada, primorosamente labrada, con una montaña de almohadones bordados formando una pirámide sobre ella, y con un par de docenas de grandes muñecas esparcidas por todos los rincones.

—Dejaré todo tal como está — me dijo — porque pienso volver. Me voy en una semana más, y le prometo que cuando regrese he de llamarlo por teléfono para que vea como ya entonces hablaré mejor el inglés. ¡Y puede ser que le ofrezca alguna copita de rico vino del Rhin!...

Por el camino de regreso charlamos poco: el calor había esfumado y hacía ahora un viento frío y huracanado de todos los demonios. De vez en cuando hacíamos recuerdos de los primeros tiempos, y ella se reía pensando cuán grandes eran sus sustos en sus primeras escenas junto a Jannings, temblando de disgustar al gran actor.

—Emil también se va en algunos días más — me agregó — y quizás viajaremos juntos. Es muy buen amigo mío y de mi esposo.

Yo me desayuné con la noticia.

—¿Es Ud. casada? ¿Cómo no había dicho nada?

—Sí... mi esposo está en Alemania, tiene mucho que hacer y no pudo acompañarme. Yo no había dicho nada porque... se me había olvidado. Al fin y al cabo no es asunto importante.

Habíamos llegado.

El ceremonioso portero de librea del Ambassador abrió la portezuela. Yo acompañé aún a Camila Horn, para darle el brazo, hasta la entrada monumental del «cocoanut grove», el comedor más popular de gentes de cine, donde ella tenía aquella noche un pequeño «party» al que estaba invitada. Nos separamos alegremente.

—¡Hasta la vista, actriz de lindas piernas!

—¡Ahora nó! Primero fué por las piernas, después por mi cara... ¡Ahora valgo por mi talento interpretativo! ¡Ejem!...

Y Camila Horn sonrió socarronamente, adoptando una actitud importante; me hizo un alegre saludo con la mano y desapareció gritándome en alemán:

—¡Hasta que vuelva de Berlín, en un año más!

• • •

El cable acaba de traer noticias de New York. Camila Horn está en la ciudad de los rascacielos, acompañada de Emil Jannings y de Frau Jannings, comprando medias de seda y pyjamas antes de embarcarse para Europa. Pero como la actriz propone y el productor dispone, en un mismo día llegaron a New York desde Hollywood dos expresivos cables enviados por los estudios de Warner Brothers y de Fox, ofreciendo a Camila dos excelentes roles en películas habladas, en los cuales ella interpretaría a una dama alemana en tierra americana.

Camila está aún indecisa: desde el otro lado del Océano la atrae la vista de su patria, el magnífico rol en «Atilla», sus padres, su hogar... quizás también su marido. Y de este otro lado la vuelta al Hollywood maravilloso y multicolor, dos buenos roles en dos estudios famosos, dos buenos contratos en dólares que valen más que marcos. Y ya veo que en avión — que es el sistema que más a menudo usa la pequeña alemanita para viajar, — veremos una de estas tardes llegar a Hollywood a Camila Horn, la actriz con lindas piernas, preciosa cara y excelentes cualidades interpretativas.

—Verá usted como al final nos ahogaremos.

—¡Quí! Si llega el caso, llorando nos desahogaremos.



miso en el Hotel Ambassador, y debía venir hacia Hollywood. Nos propuso que la esperásemos. En media ho-